

## RAUL CONTRERAS EN MADRID

*Por LUIS GALLEGOS VALDES.*

Sólo llegar a Madrid y ponerme al habla telefónicamente con Raúl Contreras fue todo uno.

“—¿Pero es que de veras estás en Madrid? ¿Eres tú o tu fantasma?”

—Podría ser esto último, querido Raúl, pero, de todas maneras, aquí me tienes desde hace pocas horas, le contesté.

La voz del autor de “Presencia de Humo” vibró potente a través del hilo, dándome la bienvenida.

Conversé mucho con Raúl durante mi permanencia en Madrid. Le escuché encantado evocar sus tiempos mozos en la ciudad de Santa Ana cuando la campaña unionista. En ella se dio a conocer como un orador fogoso y convincente, por apasionado, del ideal de José Matías Delgado, Manuel José Arce, Francisco Morazán y otros hombres ilustres, próceres de nuestra Independencia, quienes con su sacrificio contribuyeron a configurar el ser histórico de Centroamérica, hoy fragmentada políticamente por errores del pasado pero ya en

trance de integrarse económica y culturalmente. Le escuché, asimismo, referirse a sus primeros pasos en Madrid, "aquel Madrid, suspira Raúl, de los cafés literarios, del café con leche y de la media tostada, en los que se hacía derroche de ingenio".

Raúl Contreras, tras unos meses de estancia en México D. F., atravesó el Atlántico y se instaló en la Villa y Corte, donde se dio a conocer un 12 de Octubre, ante los Reyes de España don Alfonso XIII y su real consorte doña Victoria Eugenia, con la lectura de su Canto a España en uno de los principales teatros de Madrid. A partir de entonces el poeta salvadoreño es apreciado entre los escritores, saliendo del anonimato cuando aún no contaba los treinta años. Mas esto no significó para Raúl, de ninguna manera, que su situación económica cambiara. Continuó viviendo en la misma casa de huéspedes y luchando por imponer su nombre en la literatura.

Fue entonces cuando cayó en manos del hijo del editor José Brissa, de Barcelona, un ejemplar de "Armonías íntimas", que Raúl había publicado en San Salvador en 1919. Brissa hijo, mozo inquieto y enamorado, se puso a leer el libro de Raúl tomado al azar entre buena cantidad de otros libros llegados de Hispanoamérica en el mismo correo. Las "Armonías íntimas" del salvadoreño captaron su atención y como la lectura del volumen también fuera celebrado por su novia, convenció a su padre de la necesidad de publicarlo. Y fue así como "Armonías íntimas" apareció editado por Maucci, en 1922, en segunda edición y en una tirada de diez mil ejemplares, tirada realmente extraordinaria para un libro de versos y con la que nunca hubiera soñado Raúl Contreras en San Salvador, donde entonces los poetas regalaban sus libros hechos en modestas ediciones de quinientos ejemplares.

Un joven poeta salmantino, Miguel R. Seidedos, leyó "Armonías íntimas", las cuales le inspiraron un artículo elogioso que vio la luz en conocido periódico madrileño. Raúl comenzaba a cosechar los frutos de su inspiración y de su trabajo.

"—Seidedos se había criado entre curas. Era un hombre austero, casi un misántropo, que jamás mancilló sus labios con una mentira. Vino a verme y fuimos amigos. Había escrito una novela que pensaba colocar a un editor. Mas, por una fruslería, rompió conmigo, y lo perdí de vista para siempre. Aquel hombre, como el Alceste de Moliere, no admitía bromas en la amistad y, como tú sabes, yo siempre he sido bastante bromista".

Por esa época —1925 ó 1926— Raúl Contreras colabora en "El Radical" de Barcelona dirigido por Alejandro Lerroux, llamado "El Emperador del Paralelo". Lerroux pagaba cincuenta duros por colaboración, algo extraordinario entonces. Al llegar la República, el conocido líder republicano, fue nombrado Ministro de Asuntos Exteriores y le tocó a Raúl Contreras, que era nuestro representante diplomático en España, anunciarle el reconocimiento de la República Española por el gobierno de El Salvador

"—Ah, me olvidaba contarte la broma que le hice a nuestro querido amigo Rodolfo Barón Castro. Le había convencido de que Brissa me diera cinco mil pesetas por la publicación de "Armonías íntimas" como derechos de autor, cosa que al principio no se creyó Rodolfo, pero que, dada mi insistencia, llegó a aceptar. Un día Rodolfo se encontró con el escritor argentino Alberto Ghuraldo

y le contó lo de las cinco mil pesetas. “¡Imposible!” exclamó Ghirardo. “Máxime tratándose de editores catalanes” Rodolfo no me perdonó la broma, y con razón. Era entonces un chico recién llegado de El Salvador y que comenzaba a hacer sus estudios de derecho.

Colaboro por ese entonces con frecuencia en la revista “Hispania” cuyo director, hombre serio y exigente, llegó a dispensarme su amistad. Soy también asiduo contertulio de la peña “Amigos de Cervantes” y nos reuníamos semanalmente en uno de los cafés de Madrid a discutir sobre todo lo divino y humano. Siempre que entraba yo, el pianista interrumpía lo que tocaba para dedicarme las notas del Himno de El Salvador

En una ocasión conozco a Vargas Vila al subir en el ascensor de un edificio. El escritor colombiano, poco dado a tertulias y peñas, vivía en Barcelona dedicado enteramente a su obra y rara vez asomaba por Madrid. Era pequeñito, vestía muy bien, de ojos inquietos como de sapo, de rostro arrugado por las huellas de una rociada de vitriolo que, según se decía, le dio una mujer. Conozco también a Alfonso Hernández Catá, el magnífico cuentista cubano, a Felipe Sassone, del Perú, pero asimilado por completo a la vida madrileña, comediógrafo y cronista muy conocido, y tuve oportunidad de visitar al Dr Gregorio Marañón a su cigarral de Toledo. A la entrada del cigarral, en azulejos, podían leerse estos versos.

*Quen al oír ¡viva España!  
un grto igual no responde,  
si es hombre no es español  
y si es español no es hombre.*

Trabo amistad con el gran escritor venezolano Rufino Blanco-Fombona. Su novela “La Máscara heroica”, en la que se metía con Gómez, el tirano de Venezuela, acababa de ser recogida de orden de las autoridades españolas por gestiones del representante diplomático de aquel país. Sin embargo, la obra fue leída y comentada en el Ateneo de Madrid. De esta manera Blanco-Fombona reivindicó su derecho a la denuncia de un régimen, para él oprobioso, encabezado por “Juan Bisonte” como él llamaba al general Juan Vicente Gómez. Blanco-Fombona vivía en Chamartín y, de vez en cuando, se daba una vuelta por la Legación de El Salvador a charlar un rato conmigo. Era un conversador ameno y la República ya lo había hecho gobernador de una provincia y luego de otra. Un día me llevó un bulto, que me dijo le guardara y que yo coloqué debajo de la escalera. El escritor se marchó de vacaciones. Al regresar me pidió el bulto. Cuál no sería mi sorpresa al preguntarle por su contenido y oírle decir impertérrito. “Es dinamita que me dio a guardar un minero asturiano” Sentí horror al recordar que mis hijitas habían jugado cerca del bulto.

Se han dicho y escrito muchas cosas sobre Blanco-Fombona en cuanto hombre terrible. La verdad es que algunas deben de ser ciertas. En una ocasión coincidimos en el mismo autobús Blanco-Fombona y yo. Me senté a platicar a su lado. De pronto, tuve un presentimiento de que algo malo estaba próximo a ocurrir. “Don Rufino —le dije— yo me voy” Y al decirlo me levanté y aprovechando una parada del bus frente a una estación de gasolina, me apeé rápidamente. Pocos metros había andado, cuando ¡cuál no sería mi sorpresa y luego

horror! El autobús acababa de coger fuego al inflamarse la gasolina. Vi a Blanco-Fombona forcejeando con la ventanilla para lanzarse por ella, él que era hombre alto y un poco grueso. Lo ayudé a salir a estirones. “¡Usted es un zahorí, usted es un zahorí!” gritaba. “Usted se dio cuenta de la inminencia del accidente” Y Blanco-Fombona, que era bastante aficionado al ocultismo, me miraba de pies a cabeza, admirado de lo que en mí no fue sino repentina agorafobia.

Más de una vez me habló de su amistad con Rubén Darío. “Es falso que yo haya querido pegarle. A quién sí quería cobrárselas era a los hermanos Guido, empresarios de “Mundial-Magazine”, del que Rubén era director, por explotadores”.

Violento, apasionado, Blanco-Fombona era un conversador delicioso. Su vida fue trágica.

Me acuerdo de que una vez me lo encontré en el National City Bank cobrando una de sus colaboraciones. El empleado se negó a pagarle el cheque por no conocerlo. Furioso, el escritor dio de garrotazos en la ventanilla. Intervine dispuesto a avalarle con mi firma. Ya calmado, aceptó complacido diciendo, “De escritor a escritor, sí vale”

Otra vez, en el teatro “El Duende”, armó una gresca al protestar por la baja calidad de la pieza exhibida en pre estreno dedicado a los críticos.

Recién instalado Blanco-Fombona en Madrid al estallar la guerra del 14, después de vivir un tiempo en París, sucedió que hubo de llegar su esposa, desde Venezuela. Blanco-Fombona, amador apasionado, ya tenía otra mujer, con la que convivía. La esposa no pudo resistir aquello y se suicidó envenenándose. De esta tragedia surgió “Cancionero del amor infeliz” en memoria de la desdichada.

Sin embargo, decir que Blanco-Fombona era malo, hubiera sido exagerar. Era bondadoso, nada vanidoso, y había tenido que luchar a brazo partido con la vida”

Raúl hace un paréntesis. En otro tiempo esto hubiera significado encender un cigarrillo más, pero ahora ya casi no fuma. Del Madrid aquel de los años 20 y 30, cuánto recuerdo! El Madrid evocado por Cansinos-Asséns en sus memorias, evocado por Gómez de la Serna en su “Automoribundia”, revivido por González-Ruano en sus *confesiones de medio siglo*, y sobre el cual tantas cosas podría decirnos Raúl Contreras, que también lo vivió intensamente.

A propósito de González-Ruano, apostilla Raúl:

“—Cuando leí su último artículo me dije: Este hombre se muere. Efectivamente, aquel artículo, escrito a la sombra de la muerte, fue su despedida”

Raúl Contreras, Ministro Consejero de nuestra Embajada en España, al frente de la cual está ese otro gran amigo de España que es Ernesto Trigueros Alcaine, es un conversador excelentísimo. Por eso le gusta recoger en la cinta magnetofónica conversaciones con amigos escritores. Es así como hemos podido escuchar emocionados la voz de Ricardo Trigueros de León en diálogo con el escritor español Angel Lázaro. Impresionante oír a Trigueros de León,

muerto hace apenas dos años, hablar de poetas y de libros con la misma animación con que lo hacía cuando íbamos a verlo a la Editorial del Ministerio de Educación.

Entre las grabaciones que tiene Raúl hay una con versos suyos escritos en la ciudad de Santa Ana allá por los años de 1918 ó 19, cuando Raúl se enamoró de una muchacha muy bella, pero que se amaba a sí misma más que a otra persona. Hojeando a su lado el album de fotografías de la beldad provinciana, de pronto ésta se lo arrebató diciéndole: "Esto no ha de verlo usted de ningún modo"

"—Me quedé intrigado ante aquella rotunda negativa después de haber visto a la hermosa desplegar su belleza en múltiples fotos de todos los tamaños, poses y atavíos. Pero mira lo que son las cosas. Estando en México conocí a uno de los fotógrafos más afamados de entonces y le conté de mi experiencia en Santa Ana con aquella mujer. "¡Aguarde usted, me interrumpió, yo creo conocerla! Pase usted por mi estudio un día de estos, que voy a mostrarle algo interesante". Fui, entre curioso y emocionado, a ver al fotógrafo, quien, rogándome le guardara el secreto, me mostró un prodigioso desnudo de aquella mujer, que, en verdad, tenía más que razón de estar enamorada de sí misma "

Pasear por Madrid al lado de Raúl Contreras es un verdadero privilegio. Por la calle de Eloy González nos encaminamos lentamente hacia la glorieta de Quevedo, ahora en obras, en donde yo he de tomar el metro. Con su gabán gris y su sombrero negro, envuelto en su bufanda, Raúl disfruta del tibio sol invernal. El dramaturgo inspirado de "La Princesa está triste", que elogiaron Julio Cejador, Manuel Machado y otros distinguidos escritores, el creador de esa criatura de ensueño que es Lidia Nogales, hija del aire y de la poesía; el autor de esos poemas definitivos recogidos en "Presencia de Humo", mira con inquietud, no exenta de disgusto, la transformación casi proteica de Madrid. De este Madrid de sus amores que vio frutecer sus mejores años. Los del aprendizaje y la ilusión.

